



UN LUGAR
CERCANO A
LA FELICIDAD

LIA LOUIS

UNA CARTA DEL PASADO PUEDE RESOLVER
EL MISTERIO DE UNA VIDA

CROSS
BOOKS

Lia Louis

Un lugar cercano a la felicidad

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

Título original: *Somewhere Close to Happy*
© del texto: Lia Louis, 2019
Traducción: Mariana Hernández Cruz

© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA m.r.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-08-21548-6
Depósito legal: B. 17.104-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

—Acaba de llamar. Llega en un minuto.

—Un minuto. Ay, no, ¿has oído, Lizzie? Chris va a llegar en un minuto.

—Sí, ya...

—Mierda. Mierda. Joder. Ay, no.

—Priscilla...

—No puedo respirar. De verdad, no puedo respirar. ¿Está todo listo? O sea, ¿lo tenemos todo? ¿Dónde está el globo gigante con el número cincuenta? ¿Y por qué los rollitos de primavera no están en el bufet? Le pedí a Perry que los pusiera, pero seguro que está demasiado ocupado con su lujuria para...

—Priscilla, de verdad, tienes que relajarte.

Mi mejor amiga se detiene un momento, asiente y me agarra por el interior de los antebrazos como si fueran muletas; respira profundamente y aprieta sus labios rosa y brillantes. Grupos de invitados pasan por nuestro lado hacia la sala y sus zapatos resuenan contra el suelo de roble.

—Perdón, Lizzie —responde—. Me estoy cagando de miedo. De verdad, me estoy cagando.

—Ya lo sé, P, pero no hay ninguna necesidad de estar nerviosa —le digo—. Mira a nuestro alrededor. Todo está prepa-

rado, ha quedado perfecto. La fiesta está lista. Lo único que necesitamos ahora es que llegue Chris.

Priscilla sonrío nerviosa y me aprieta el brazo.

—Dios... —exhala—. No tienes ni idea de lo revuelto que tengo el estómago en este momento.

Y quisiera decirle que sí me hago una idea. Sé cómo se siente porque mi estómago está igual, aunque por una razón que ella jamás creería; una razón que está en el bolsillo de mi sudadera, y que, mientras hablamos, siento cada vez más pesada sobre mi muslo.

—Es normal que te estés cagando de miedo —dice mi hermano. Está de pie a mi lado, escuchando conversaciones ajenas, como siempre, y con un vaso de plástico con cerveza en la mano. Lo miro y le pongo los ojos en blanco—. ¿Qué? —Se encoje de hombros—. Solo digo que el hombre ni siquiera quería una fiesta. A lo mejor entra y se marcha hecho una furia. Además, a los viejos no les gustan las fiestas, ¿no? —Sonríe con arrogancia.

Priscilla mira a Nathan con una ligera sonrisa en los labios.

—Ay, mira, ya está otra vez el imbécil discriminando a los viejos.

Nathan suelta una risa de bufón y se encoge de hombros.

—Solo digo que hasta yo sé que tu prometido no es el tipo de persona a la que le gusten las fiestas sorpresa y...

Katie interrumpe a Nathan dándole un codazo en el costado.

—¡Cállate, imbécil! —Chasquea la lengua y se cuelga de su brazo, que parece un tronco de árbol entre sus manos pequeñas y delgadas. Sonríe a Priscilla—. Por favor, ignora al tonto de mi marido. A Chris le va a encantar la fiesta, ¿verdad?

—Estoy bromeando. —Nathan se ríe—. Obviamente P sabe que estoy de broma, ¿verdad, P?

Priscilla sonríe satisfecha y le hace un corte de mangas.

—Me lo merezco. —Nathan sonríe más, pero sus palabras se pierden cuando aparece por la puerta Perry *Sórdido* Keilson, quien se autoproclam  el «cerebro» de la «operación fiesta», todo mofletes rojizos, dientes blancos y misoginia.

—¡A sus puestos, a sus puestos! —grita—. Nuestro hombre está aparcando.

Con esas palabras, se desata el infierno.

Los invitados corren por toda la casa de Priscilla y Chris, son muchos más de los que esperaba. No es la primera fiesta que mi mejor amiga organiza en su casa, que es perfecta para hacer cenas; con sus paredes blancas, techos altos, velas y floreros dispuestos en los lugares perfectos con una precisión digna de Pinterest. Pero nunca antes había visto las habitaciones tan llenas de gente como ahora. Es una multitud, salen personas corriendo de la cocina, se apretujan en el comedor, entran en tropel desde el patio, ríen, hablan, tiran las bebidas que llevan en la mano. Los invitados son tan elegantes como la decoración: el pelo arreglado, brillante y perfecto, pares y pares de pies elegantes se deslizan con zapatos elegantes con los que yo caminaría como una ogra constipada y, cada vez que me doy la vuelta, veo un traje hecho a medida. Cualquiera podría darse cuenta de que decidí asistir en el último momento. Bastaba con echar un vistazo al vestido arrugado que saqué del montón de la ropa por planchar y que me puse en mi desesperada urgencia por salir. Con el mismo maquillaje de la mañana, difuminado por el sudor después de un largo día en una oficina sin aire acondicionado, encerrada con mi jefe y los secadores de pelo que tiene en lugar de fosas nasales.

Se suponía que no iba a venir. No tenía planes de ir a una fiesta de cumpleaños esta noche. Pero, en fin, tampoco tenía planeado que me llegara la carta que me entregaron cuando

salí del trabajo, ni de la repentina y abrumadora necesidad que tenía de estar en cualquier otro lugar que no fuera en mi piso sola. Me sentí así después de abrir la carta, que ahora palpitaba en el sobre. Lo intenté. De verdad. Me preparé una taza de té, me puse el pijama y levanté el teléfono para pedir comida china en un esfuerzo por seguir con mi rutina de los viernes por la noche. Pero sentí náuseas. No pude marcar ni tragar ni pensar. Entonces, empecé a caminar. Caminé y caminé, como se hace cuando se esperan noticias cruciales, y me mordí las uñas hasta que me las dejé en carne viva, mientras miraba la carta que me esperaba al otro lado de la habitación como si fuera una bomba a punto de estallar, como si alguien pudiera estar observando cómo me descomponía a causa de su broma macabra. Simplemente no podía quedarme allí. Tenía que salir, ir a ver a Priscilla. Porque ella le daría un sentido a todo, ella encontraría la explicación lógica. Para Priscilla, nada es demasiado importante. Ella está hecha en un 80 por ciento de acero.

—Siempre me ha gustado la idea de las fiestas sorpresa —susurra mi hermano mientras nos situamos juntos en el extremo de una fila de invitados. Ahora hay filas y filas de ellos en el salón de Priscilla y Chris, como en las gradas de un concierto—. Me gusta imaginar que todos se estresan y se ponen a cuchichear sobre mí al unísono...

—«Al unísono» —digo.

—¿Qué?

—Nada. —Me encojo de hombros—. Solo que, ya sabes..., «al unísono». Estás muy seguro de ti mismo...

Nathan saca pecho y asiente.

—... para ser un agente inmobiliario común.

Katie se ríe y Nathan, sonriendo, abre la boca para hablar, pero los invitados nos empujan y pierde la oportunidad. Estamos de pie hombro con hombro, con el enorme cuerpo de

Nathan aplastado contra la pared; su cabeza está junto a una foto de Priscilla y Chris enfrente de la Ópera de Sidney. Chris parece un acomodado conservador con su camisa azul pastel y la mandíbula afilada con barba canosa de tres días, y Priscilla brilla como las luces que hay detrás de ambos. Alguna vez había pensado que Priscilla jamás podría replicar la sonrisa de euforia que puso después de casi verle la entrepierna al profesor Dunmow en nuestro viaje de secundaria a Walton-on-the-Naze. El profesor le gustaba desde los once años y, cuando él se tiró al mar con los chicos de rugby y el bañador se le empezó a bajar, ella me agarró del brazo y ahogó un grito, como si acabara de ver a Jesús caminando sobre las aguas.

—¡Le he visto el vello púbico! ¡Le he visto la piel! —dijo, con una expresión de felicidad inigualable en su rostro. Trece años después, conoció a Chris; desde entonces tiene la misma sonrisa radiante de «no puedo creer la suerte que tengo», la misma sonrisa que en esa playa ventosa de Essex.

Sin embargo, ahora, mientras espera junto a la puerta de la sala con Perry, un viejo amigo de Chris y compañero de negocios, se le dibuja en la cara su habitual sonrisa falsa. Él apoya un brazo alrededor de ella y la aprieta contra sí, como la sórdida y zalamera serpiente que es, mientras le va diciendo, como si hablara de un coche usado en buen estado, que si lo que quería era un hombre mayor, debería haberse ido primero con él.

—Vamos, vamos —nos dice Perry con la mano sobre el interruptor de la luz—. Estamos listos para la fiesta, todos a sus puestos. —Después, sonrío moviendo tanto las cejas que creo oír el sonido metálico de un xilófono—. Mujeres de la sala, cualquier posición del *Kamasutra* me parecerá bien.

Por lo general, evito las fiestas y las celebraciones de cualquier tipo; siempre lo he hecho. En especial cuando hay

gente como Perry *Sórdido* Keilson alrededor, pero esta noche cualquier lugar es mejor que estar sola en mi casa. Incluso aquí, en una fiesta llena de corbatas negras, peinados perrunos y pervertidos de sesenta años que gritan guarrerías sobre el *Kamasutra*. Al menos, aquí tengo la oportunidad de ahogar las preguntas que me inundan la cabeza. Desde que leí las palabras que venían dentro del sobre, han ido brotando, primero una a una, luego de dos en dos, como malas hierbas que se entrelazan y se enredan alrededor de mi cerebro, echan raíces y bloquean la luz.

Nathan baja la mirada hacia mí. Mi hermano es enorme. Siempre me ha parecido ridículo que juegue al golf; sería mucho más apto para la lucha libre o para mover camiones con las orejas, como los musculosos que salen en la tele. Se lo digo siempre.

—¿Todo bien? —Me sonrío.

Asiento.

No estoy bien, apenas puedo moverme. Todos estamos apretados y amontonados, colocados en filas como cigarrillos en una cajetilla, y la cabeza me duele por la ansiedad. Nunca estoy cómoda entre multitudes o en espacios pequeños; siento pánico y tengo la sensación de que el oxígeno que me rodea se convierte en una masa espesa. Yo solo quiero hablar con Priscilla. En privado. Necesito enseñarle la carta. Sé que en cuanto lo haga me sentiré mejor. He tratado de enseñársela desde que llegué, después de que terminara de gritar de emoción porque aparecí en la fiesta y de que me dijera una y otra vez que me veía muy pálida, «prácticamente transparente, chica».

—Estoy bien —respondí—. Es que... ¿Podemos hablar en alguna parte?

—Claro. Liz, ¿estás segura de que estás bien?

Le dije que necesitaba enseñarle algo y me acompañó adentro.

Pero después, Perry y su ridícula bengala nos interrumpieron de camino a la cocina. Se puso a gritar diciendo que yo había llegado tarde, y cómo me habría «dado mi merecido» si hubiera arruinado la sorpresa; después de eso, parecía que todos conspiraban en mi contra. Había gente por todas partes y todos querían hablar con Priscilla, pero, en cuanto anunciaron que Chris estaba de camino, la casa atiborrada entró en un éxtasis de emoción que más bien parecía un ataque de pánico. Una mujer nariguda a la que yo no conocía le preguntó mil veces a Priscilla por qué ella y Perry no habían contratado el «servicio de bebidas» que les había recomendado, después Nathan y Katie se acercaron a mí, emocionados por verme, llenos de sonrisas y de preguntas. Me rendí. Mejor iba a esperar hasta que la agitación disminuyera, hasta que llegara Chris. Los murmullos avanzaban entre la multitud como una ola en un estadio; nos dijeron que estaba hablando por teléfono dentro de su coche, aparcado.

—Oye, quería preguntarte —dijo Nathan inclinando la cabeza mientras un rizo se le escapaba de entre su pelo engominado—. ¿Vas a estar aquí el domingo?

Me encogí de hombros.

—Seguramente. ¿Por qué?

—Katie y yo estábamos pensando en volver a aventurarnos en... el desván. —Nathan dice las últimas tres palabras como alguien diría «monstruos teniendo sexo» y se ríe—. Papá tiene la intención de mudarse de la casa cuando regrese de Menorca, y quiero dejar el desván vacío antes de que se vaya. Así se puede llevar cosas cuando alquilemos la furgoneta de mudanza. Es práctico.

—Pero ¿para qué me necesitáis?

Nathan frunce el ceño.

—Pues... ¿porque tienes montones de cosas ahí?

—¿Todavía? —pregunto—. Me diste dos bolsas de trastos la semana pasada.

Nathan se encoge de hombros.

—No es culpa mía que la Lizzie adolescente fuera una acumuladora. Papá dice que hay una caja llena de tus CD y otra de tus colores y pinturas, y eso es solo lo que puede ver cuando asoma la cabeza...

—Ay, tíralo todo, Nate.

Hace calor, mucho calor, y cuando vuelvo la cabeza y miro sobre mi hombro, me encuentro con la mirada fija de una desconocida que está tan cerca de mí que prácticamente puede olerme el pelo. Ay, ojalá Chris se dé prisa. Parece que las paredes se nos van acercando.

—¿Lo tiro todo? —pregunta Nathan. Se vuelve a agachar para acercarse y baja la voz—. Pero ¿y tus fotos y todos tus...? No sé. —Se encoge de hombros con la mano en el bolsillo y la cerveza contra el pecho—. ¿Y tus recuerdos?

—Pero si todo es basura. —El calor me golpea la cara y lo único que puedo ver son cabezas, espaldas y hombros. Me pongo de puntillas para ver a Priscilla, en busca de una pista de cuándo va a terminar esta espera. Está mirando nerviosa su móvil, todavía apretada contra Perry, que articula algo dirigido a alguien que está muy detrás de mí.

—¿Y si solo vienes para echar un vistazo?

—Nathan...

—Solo ven para que yo sepa qué es basura y qué no. También hay muchas cosas de mamá y, para ser sincero, me serviría...

—Está bien —lo interrumpo con la boca seca. Nathan aprieta los labios—. Está bien, iré.

En ese momento, nos hace callar una voz detrás de nosotros y levanto las cejas hacia Nathan como para decirle: «Es por tu culpa».

—Perdón. —Hace una mueca. Suspira, le da un trago a su cerveza, vuelve a agacharse y murmura—: Lizzie, ¿estás bien?

—¿Yo? Ya me lo has preguntado —respondo abriendo más los ojos y poniéndome un dedo sobre los labios como una niña—. Estoy bien.

Nathan asiente.

—Ya lo sé, ya lo sé. Es que... no ibas a venir a esta fiesta, ¿o sí? Por lo general, es imposible sacarte de tu casa un viernes por la noche. Ni por amor ni por dinero.

—He cambiado de opinión.

Nathan asiente, pero continúa. Por supuesto que continúa. Treinta y un años de vivir en este mundo y mi hermano mayor sigue siendo completamente incapaz de reconocer una indirecta.

—Es que estás un poco... rara.

—Nathan, en este momento estamos aplastados en lo que solamente podría describirse como una fosa común —susurro—. Así que sí, a lo mejor estoy un poco rara.

Y después, oscuridad. Pura y repentina oscuridad, alguien ha apagado la luz. La sala se llena de risitas bajas y emocionadas y de más peticiones de silencio, y Nathan no dice nada más. Justo a tiempo; así se dice, ¿no?

Se oye el tintineo de unas llaves, un chasquido y un golpe. Chris entra por la puerta principal de casa y la cierra.

—¿Priscilla? —grita Chris—. Soy yo.

Todos nos quedamos quietos y en silencio en la oscuridad. Es desorientador. No puedo ver más que un revoltijo danzante azul marino y negro, como en el comienzo de un vídeo antiguo antes de que la película empiece, y mi cerebro trabaja a toda velocidad; brotan más y más hierbas que se entretejen en los espacios vacíos que a menudo se llenan con distracciones visuales. Pienso en la carta, pienso en las pala-

bras distribuidas en la página. Mi cerebro las repasa una y otra vez como un disco rayado: «... en la que nada de esto ocurrió jamás», «... en la que nada de esto ocurrió jamás». Esto. Nada de «esto». ¿Qué significa «esto»?

El pecho de alguien se aprieta contra mi espalda. Puedo percibir un olor a aliento, cebolla y loción para afeitar demasiado intenso. Hago un esfuerzo sobrehumano por no salir corriendo de la sala para buscar un espacio abierto y amplio y respirar aire fresco.

—¡Hola! —vuelve a gritar Chris a través de la casa.

Silencio. Cierro los ojos y respiro hondo; meto la mano en el gran bolsillo lanoso de mi sudadera. La carta se dobla bajo mis dedos y cruje en el silencio.

—Chiss —dice alguien.

Es real. Tiene que ser real si cruje y una sala llena de gente puede oírla.

El corazón me late desbocado en la garganta. Mencionó a Niebla en la carta. Por Dios... Niebla. Pensé que ya me había olvidado de eso, pero, en realidad, no creo que desde entonces haya pasado una sola vez al lado de una caravana sin mirar si se llamaba Niebla. Esa caja oxidada, segura, libre y, al mismo tiempo, un recordatorio de lo atrapados que estábamos, debía de estar oculta, pero anclada en alguna parte de mi mente, como estaba anclada a la entrada de la casa de su madre. Hasta el día que fui y ya no estaba.

—¿Priss? —Chris la llama; ahora su voz se oye cerca, al otro lado de la puerta—. Sé que estás aquí. Tu estúpido teléfono está en la cocina...

El pomo rechina; la puerta de la sala se abre de par en par. Alguien enciende el interruptor.

La sala se inunda de una luz cegadora. Todos gritan:

—¡Sorpresa!

4 de diciembre de 2005

Querida Lizzie J:

En algún lugar del universo, estamos viviendo una vida en la que nada de esto ocurrió jamás y, dondequiera que se encuentre ese lugar, tú y yo somos felices. Viajamos en Niebla kilómetros y kilómetros hasta donde no hay nada más que mar, y nuestros cerebros son hojas en blanco y sencillamente somos felices. Por fin somos libres.

Eso es lo único que me ayuda a sobrellevar esta pesadilla, J, pensar en ese lugar y tener la esperanza de que un día lleguemos ahí. O a algún lugar cercano.

Pensé que, si empezaba a escribirte, sabría qué decir además de que lo siento. Pero no sé, lo he intentado, lo he intentado con todas mis fuerzas, pero no sé cómo. No hay palabras para lo que hice.

Sabes que te mereces más que esto. Te mereces el mundo entero. Gracias. Por cada minuto.

Lo siento. ¡Lo siento tanto!

Roman

—Roman. ¿Es de... es de Roman?

Priscilla abre la boca para hablar, pero no le salen las palabras. Traga saliva todavía con la carta abierta en la mano. Se lleva la otra mano a la frente, como si quisiera comprobar que no tiene fiebre, y poco a poco la baja hacia la mejilla.

—Lizzie... —masculla. Después hace una pausa y vuelve a mirar la carta—. Qué demonios. O sea... De dónde... —La voz de Priscilla se va apagando.

Me siento a su lado en la cama, que cruje bajo nuestro peso. Me mira fijamente y parpadea muy lento con sus pestañas oscuras y plumosas.

—¿De dónde ha llegado? —Ahora, Priscilla se aprieta el pecho con la mano, donde está su corazón—. ¿Y qué es DCC, el logo que está impreso arriba?

—Me imagino que es el membrete del papel. No sé, P.

—Dos mil cinco. Por Dios —murmura—. Diciembre. Fue cuando...

El corazón me golpea contra las costillas. Digo que sí con la cabeza.

—El día que desapareció.

Priscilla observa la carta parpadeando, con los labios entreabiertos.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Dónde había estado? ¿Se perdió?

—Ni idea. Acaba de aparecer en casa de mi padre con el resto de la correspondencia.

—¿Hoy?

—Ayer. Katie la llevó por la mañana a mi trabajo de camino al suyo, pero no llegó a mi escritorio hasta que me estaba yendo, por la tarde.

—Por Dios —repite.

—La abrí en el metro —le digo—. Reconocí la letra enseguida.

Nos miramos en la pálida luz de la habitación de Priscilla, nuestros pechos suben y bajan; hay silencio entre nosotras mientras que de abajo nos llega el sonido de la fiesta, música, risas y conversaciones.

—Qué fuerte —dice Priscilla en el silencio—. ¿Cómo te sientes?

Me encojo de hombros.

—No sé. Con un poco de náuseas, en realidad. Confundida. Un poco triste. Haber visto su nombre otra vez, decirlo...

—Las palabras se me atascan en la garganta. De verdad no sé cómo me siento, aparte de hecha un nudo por dentro; siento las venas, los huesos, los tejidos y el corazón hechos una bola en mi interior.

Volvemos a sentarnos en silencio. Priscilla observa una mancha del techo, después el suelo, después, otra vez, la carta que tiene en la mano.

—Mierda —susurra—. Qué locura —dice una y otra vez; recoge el sobre que tiene al lado, en el borde de la cama, y lo estudia por delante y por detrás. Sonríe y aprieta el matasellos con un dedo con la manicura hecha. Tiene fecha de hace dos días.

—Es de Reading —dice—. Entonces ¿qué? ¿Ahora está en Reading? ¿Tantos años y está a dos horas de distancia?

—Quién sabe —respondo—. Podría estar en cualquier parte, P; pudo haber estado en cualquier parte.

Priscilla mira el sobre y la carta, uno en cada mano.

—Es sorprendente, en realidad. O sea, si lo piensas bien. —Priscilla niega, incrédula, con la cabeza—. ¿Qué vas a hacer?

Cruzo los brazos sobre el pecho. El pulso me golpea la garganta.

—Nada.

—¿Nada? —pregunta Priscilla, y levanta la mirada para observarme. El estallido de sonido, comparado con la voz baja que hemos mantenido por encima del murmullo de fondo de la fiesta de abajo, hace que me enderece—. Perdón, amor, es que... ¿no quieres saber?

Alzo los hombros.

—Pero saber ¿qué? Fue hace años, P.

—No sé —dice con tranquilidad—. ¿Enterarte de por qué no te llegó hasta ahora, de dónde viene, qué significa?

El calor me sube por el rostro.

—P, en ese entonces éramos adolescentes. Unos niños.

Priscilla frunce el ceño.

—Pero este no es un niño cualquiera, ¿o sí, Lizzie? Es Roman. Como... el verdadero, el Roman real. —Estudia mi cara por un segundo, pero no estoy segura siquiera de si estoy respirando. La sangre se me agolpa en la cabeza. Estoy paralizada; perpleja, me imagino, por todas las preguntas, todos

los recuerdos que se empiezan a filtrar, lentamente, uno por uno—. Y ahora tienes esto —continúa Priscilla—. Tal vez puedas rastrearlo, o al menos intentarlo. Mira, sabemos que lo sellaron en Reading, así que podríamos llamar a la oficina de correos...

—No lo veo claro.

—Podrías descubrir de dónde viene —dice Priscilla. Ahora está vuelta hacia mí, a mi lado, en la cama, y me mira directamente con los ojos muy abiertos y brillantes de emoción. Como si estuviera tramando un plan y quisiera que la apoyara—. Apenas la enviaron hace dos días...

—Sí, pero la escribieron hace doce años —digo—. Ahora es un hombre, Priscilla. Un hombre adulto, que probablemente siguió con su vida y, conociendo a Roman, vive en una especie de yurta con alguna tribu y tiene lobos en lugar de amigos y toca el banjo. No creo que sepa que la carta se perdió.

Priscilla mira con los ojos entornados la carta que sostiene, como si buscara un detalle que no hubiera visto.

—Pero ¿cómo pudo perderse si la acaban de mandar?

Trago saliva.

—No sé. —Tengo escalofríos en los brazos. Eso es lo inquietante, lo que da vueltas en mi mente, además del significado detrás de las palabras de la carta, además de querer saber por qué lo siente. Por qué lo siente tanto, de hecho. La idea de que la mandó hace dos días a propósito... Él mismo...

Priscilla se abraza a sí misma y me mira con tristeza.

—Joder, P —digo con voz temblorosa—. De verdad pensaba que tú..., no sé, que me ibas a decir que qué bonito, que íbamos a recordar un poco y después me ibas a decir que la tirase o algo así. Que han pasado años y que qué escalofriante, y qué raro; ahora, vamos a comer langostinos y a ver a Perry bailar como Ricky Martin.

Priscilla se ríe y la luz se refleja en sus ojos de color caramelo.

—Sí, es bonito —dice—. Y escalofriante. Pero no la puedes tirar, cariño. No puedes dejarlo así. —Pone su mano sobre la mía—. De verdad, no sé qué significa, pero... tiene que haber una razón para que la hayas recibido ahora, hoy, tantos años después. —Niego con la cabeza—. Lizzie, hasta podrías encontrarlo...

—Priscilla... —digo.

Se calla. Nos miramos la una a la otra. Le quito la carta de las manos y la devuelvo a su sobre. Ella me observa mientras se muerde el labio. Al final, asiente.

—Nada —dice Priscilla, y deja caer los hombros—. Está bien. De acuerdo. Nada.

—Nada —respondo.